



Elmer Restrepo, *Corpérico*. Collage, 2011

“Un filósofo deberá tener un candelabro para leer y otro candelabro para ver el cuerpo de una mujer desnuda. Si utiliza el mismo candelabro para las dos actividades, el filósofo se arriesga a confundir todo, leyendo la mujer, del principio al fin, y durmiendo con el libro, de modo simultáneamente perverso y apasionado. Claro que si somos minuciosos descubriremos sitios en la mujer que permiten un funcionamiento semejante al acto de pasar las páginas de un libro. Existen los párpados, los diez dedos de los pies y de las manos y también otras partes más privadas, que por decoro la literatura no deberá tocar. Pero el hombre apasionado sí.”

Gonçalo Tavares

Las hermenéuticas del sí mismo: un acercamiento comprensivo a las dimensiones de la Educación Corporal

Hermeneutics of the self: a comprehensive approach to the dimensions of corporal education

Sol Natalia Gómez Velásquez¹
Nery Cecilia Molina Restrepo²

Resumen

El siguiente artículo pretende configurar unos lineamientos comprensivos para dar “cuerpo” a la Educación Corporal e ir definiendo sus elementos epistémicos, conceptuales y metodológicos. Dichos elementos tienen como punto de partida la comprensión de la narrativa como estrategia de la Educación Corporal, que permite acercarse a los sentidos y significados que construyen los sujetos desde la experiencia del cuerpo como relato de vida. Es así como la narrativa facilita acercarse a las hermenéuticas del sí desde tres consideraciones fundamentales, que a su vez enrutan el escrito que se presenta a continuación: una de ellas plantea “el imperativo de la experiencia” (Larrosa, 2003b, p. 167) como aquello que nos pasa y nos vincula al concepto de experiencia y de vida como experiencia de sentido. Un segundo elemento se establece desde la comprensión del propio cuerpo, lugar de la experiencia y del acontecimiento, territorio

existencial donde emerge el sentido del acontecer. Por último, las hermenéuticas del sí que se encuentran en la construcción de la trama narrativa, donde se asume la vida como relato, y el “cuerpo como lo que son las personas” (Ricoeur, 2003, p. 9), esto es, el cimiento de los procesos de formación de la identidad y de autocreación de la subjetividad, que permiten configurar las dimensiones de la Educación Corporal, la estética, la poética y la ontología.

Palabras clave: Educación Corporal, hermenéutica del sí, narrativa y experiencia.

Abstract

The following article aims to set up a comprehensive guidelines to give “body” to education and go Corporal epistemic elements defining its conceptual and methodological. These elements have as their starting point the understanding of narrative as a strategy of corporal education

Recibido: 16-09-2011 / Modificado: 12-02-2012 / Aceptado: 10-01-2012

Es un producto asociado a las investigaciones “Experiencia de la corporeidad en relación con la salud: Relatos de vida de mujeres” y “Aproximaciones pedagógicas al estudio de la Educación Corporal”, Proyectos de menor y mediana cuantía financiados por el CODI, Universidad de Antioquia. 2008-2011.

¹ Magíster en Educación y Desarrollo Humano. Docente de la Fundación Universitaria San Martín y de la Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia. Grupos de investigación: Estudios en Educación Corporal; Familia, Sociedad y Salud. chuen@une.net.co

² Magíster en Salud Pública. Docente e investigadora de la Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia. Grupo de investigación: Estudios en Educación Corporal. nerymo@gmail.com

Cómo citar este artículo: Gómez, S.N. & Molina, N. (2011) Las hermenéuticas del sí mismo: Un acercamiento comprensivo a las dimensiones de la Educación Corporal. En: Revista Educación física y deporte. Vol. 30-2 p. 539-549.

that allows close to the senses and meanings that subjects from the experience of body and life story. Thus, the narrative approach facilitates the hermeneutics of the self, from three fundamental considerations, which in turn route the writing is presented below: One of them raises “the imperative of experience” (Larrosa, 2003b, p. 167) as what happens to us and binds us to the concept of expertise and experience life as meaningless. A second element is set from understanding one’s own body rather than the experience and the event, existential territory where the meaning of the event emerges. Finally, the hermeneutics of the self that are in the construction of the narrative plot, which assumes the life story and “body as they are the people” (Ricoeur, 2003, p. 9) are the foundation of the process of identity formation and self-creation of subjectivity that let you customize the dimensions of corporal education, aesthetics, poetics, and ontological.

Keywords: Corporal Education, hermeneutics of the self, narrative and experience.

Introducción

“Las hermenéuticas del sí mismo: un acercamiento comprensivo a la Educación Corporal”, es un texto que surge en la idea de hacer posible construir saber desde la experiencia de vida. En este artículo se privilegia el acto narrativo que hace de la vida humana como un relato de referencialidad del sí mismo, del mundo y de los otros. En este orden de ideas, se asumen la fenomenología hermenéutica y la antropología pedagógica como referentes epistémicos de una Educación Corporal que fundamenta en la relación pedagógica una dimensión ontológica, la formación: en el acto de narrarse se define el ser y la condición humana se torna presente narrado desde la memoria del pasado y la visión del futuro. Desde esta perspectiva, el cuerpo se asume como lugar del acontecimiento, lugar de ordenación simbólica para habitar y habitarse en el mundo de la vida. Es por ello que ese retorno a sí mismo como elemento configurante de la identidad narrativa es un ámbito de reflexión para la formación en la Educación Corporal y sus dimensiones poéticas, estéticas y ontológicas, porque da cuenta de los sentidos de expresión

de sí mismo a partir de la re-creación del sujeto en el mundo.

El imperativo de la experiencia o el lugar donde emerge la vida humana como relato

[...] Pero bastaba que, en mi cama misma, mi sueño fuese profundo y sosegase por completo mi espíritu; entonces éste abandonaba el plano del lugar en que me había dormido, y cuando despertaba en mitad de la noche, por ignorar donde me encontraba, en un primer momento no sabía siquiera ni quién era; solo tenía, en su simplicidad primaria la sensación de la existencia como puede temblar en el fondo de un animal; me encontraba más desnudo que el hombre de las cavernas; pero entonces el recuerdo —aún no del lugar en que me hallaba, sino de algunos sitios donde había vivido y donde habría podido estar— venía como ayuda a mí desde lo alto para sacarme de la nada de la que nunca hubiera podido salir solo; en un segundo pasaba por encima de siglos de civilización, y las imágenes confusamente vislumbradas de lámparas de petróleo, luego de camisas de cuello vuelto, iban recomponiendo poco a poco los rasgos originales de mi yo (Proust, 2005, p.9).

Asumir el imperativo de la experiencia planteado por Larrosa (2003b), implica alejarse de ésta como concepto. Dicho autor propone un acercamiento a ella a partir del sujeto que la vive, ya que la experiencia tiene una referencia ineludible a la vida y a la existencia, porque con la experiencia la persona define sus formas de habitar el mundo y comprenderlo.

Al hacer de la experiencia una palabra, el autor evade su conceptualización y hace de ella una actividad propia del pensamiento, que la convierte en significado; el pensamiento acoge a la experiencia, es la puerta que conduce al significado de la misma. La ruta que se recorre para llegar a la construcción de una vida como experiencia significada, pasa inicialmente por el acontecimiento, este, al ser cubierto de sentido, es dispuesto para convertirse en experiencia, porque aquí es cuando el sujeto temporal e histórico le otorga un significado. El acontecimiento irrumpe impre-

visiblemente y puede constituirse en experiencia que acerca al sujeto a un significado, para luego aproximar-lo a su propio reconocimiento, con la intención de reconstituírse y reconfigurar-se.

Además, Larrosa es claro en el acercamiento a la experiencia como pasión, desde cuya perspectiva trasciende la visión hermenéutica de la experiencia como reflexión de un sujeto de acción. Al vincular la experiencia a la pasión, el autor hace del sujeto de la experiencia, no un sujeto razón, a la manera cartesiana, sino un sujeto de la experiencia imprevisible, frágil, vulnerable, cautivo de aquello que lo afecta y sumergido en la discontinua temporalidad y espacialidad de su propia historia. Desde la perspectiva de Larrosa (2003b, p. 173), es un sujeto ex-puesto y su cuerpo un espacio donde tienen lugar los acontecimientos y los sucesos a lo largo de la vida.

La experiencia es la vida misma, lo que se ha vivido, lo que nos pasa, es la que permite la estructuración de la subjetividad (Ricœur, 2006, p.21), entendida como el tipo de identidad que se crea en el horizonte de la vida del sujeto, proceso que incluye a las personas con quienes interactúa, los sucesos que le ocurren y las vivencias que le acontecen. La experiencia posibilita dar cuenta de lo que las personas se han encontrado en su camino, en otras palabras, expresa el ser que se es y el que se pretende ser, porque ésta tiene un sentido direccionado a que el sujeto se pregunte: ¿Quién Soy? La experiencia es el retorno del sujeto hacia sí mismo y en este retorno que se hace como experiencia de sí, el sujeto se transforma, se modifica y surge para reencontrarse y dar-se cuenta de sí en un continuo re-conocimiento. Solo desde este reconocimiento, el sujeto se re-construye para ponerse en suspenso y reinterpretarse nuevamente. Por ello, lo que caracteriza la experiencia es su poder de transformación.

La experiencia, la posibilidad de que algo nos pase, o nos acontezca, o nos llegue, requiere un gesto de interrupción, un gesto que es casi imposible en los tiempos que corren: requiere pararse a pensar, pararse a mirar, pararse a escuchar, pensar más despacio, mirar más despacio y escuchar más despacio, pararse a sentir, sentir más despacio, demorarse en los detalles,

suspender la opinión, suspender el juicio, suspender la voluntad, suspender el automatismo de la acción, cultivar la atención y la delicadeza, abrir los ojos y los oídos, charlar sobre lo que nos pasa, aprender la lentitud, escuchar a los demás, cultivar el arte del encuentro, callar mucho, tener paciencia, darse tiempo y espacio (Larrosa, 2003b, p. 174).

Lo sorprendente de la experiencia está en la toma de conciencia que se hace de un modo repentino, sin planeación, sin intención y entonces se aprende de nuevo algo a lo que no se le había dado la debida importancia. El hecho es darse cuenta, prestar atención, redescubrir-se: “La experiencia... es corporal, finita, encarnada, en el tiempo y en el espacio, con otros” (Larrosa, 2003b).

Con ella se despliega el sentido de la posibilidad, porque el sujeto debe estar abierto a aquello que le pasa y le acontece, es así como la experiencia lo dispone para dar una respuesta a las vivencias. De esta forma, la vida adquiere sentido, porque hay una relación intrínseca entre el acontecimiento, que se cubre de sentido para ser interpretado desde la cotidianidad del sujeto, y la experiencia.

La capacidad de apertura, como elemento disponente de la experiencia, permite al sujeto reencontrarse con sí mismo, a través del silencio y la memoria. La palabra experiencia hace ruptura con el sujeto moderno, en la medida en que ella interroga al sujeto agitado, sin tiempo, con exceso de trabajo, el sujeto informado, el de las redes sociales y quien siempre, por la alta concentración de información que maneja, es un sujeto que opina. Larrosa afirma (2003b, p.173):

[...] El sujeto moderno está animado por una portentosa mezcla de optimismo, de progresismo y de agresividad: cree que puede hacer todo lo que se proponga (y que si no puede, algún día lo podrá) y para ello no duda en destruir todo lo que percibe como un obstáculo a su omnipotencia. El sujeto moderno se relaciona con el acontecimiento desde el punto de vista de la acción. Todo es un pretexto para su actividad. Siempre se pregunta qué es lo

que puede hacer. Siempre está deseando hacer algo, producir algo, modificar algo, arreglar algo [...].

Para el sujeto moderno, el acontecimiento de sentido que se convierte en experiencia significada es una irrupción hostil porque le impone mirarse, detenerse, desplazarse, estremecer su voluntad y reencontrarse con el quién era, quién es y quién será. En este sujeto moderno el acontecimiento y la experiencia revelan la realidad de una irrealidad fugaz e inestable, que lo ha aproximado a la imposibilidad de determinar su identidad.

El sujeto de la experiencia permite acaecerse, afectarse, existirse en el acontecimiento. Con la interpretación que hace de la experiencia surge la perseverante configuración de su significado y se constituye el vínculo que el sujeto tiene con su vida, porque a través de la interpretación, este sujeto hace la relación con otros acontecimientos de su existencia.

Por ello Ricœur, (2006, p. 16) comienza a establecer el vínculo entre el relato, la vida y la experiencia, porque la interpretación del acontecimiento, que a su vez lo transforma en experiencia significada, es un acto de narración, un discurso que se construye como texto y a su vez una trama de significados que hace inteligible la experiencia de vida.

La interpretación del acto narrativo: hacia una fenomenología hermenéutica del acontecimiento y la experiencia

Para Ricœur (2006, p. 15), la hermenéutica propone un análisis del texto narrativo que el sujeto construye con la interpretación de la experiencia, más allá del enfoque estructural desarrollado por la lingüística para el análisis literario. Desde esta perspectiva, la hermenéutica considera tres elementos fundamentales que configuran el acto de narrarse y en él, el sentido del acontecer-se: el primero corresponde a la *referencialidad*, porque el texto aporta como significado la mediación entre el ser humano y el mundo. En segundo lugar, está la *comunicabilidad*, que se refiere a la mediación entre los seres humanos y en tercer lugar, la *comprensión de sí*, que es aquella que

define la mediación entre el ser humano con sí mismo. Es importante mencionar que para Ricœur (2006, p. 16), la construcción de la trama narrativa es aquella obra que vincula los elementos entre el texto y el lector, pero a diferencia de la obra literaria, no responde a características de referencialidad no descriptiva, comunicabilidad utilitaria y reflexión narcisista. Es precisamente el análisis de la hermenéutica, el que permite la articulación entre relato y la vida vivida: una *vida no es más que un fenómeno biológico en tanto la vida no sea interpretada* (Ricœur, 2006, p.17).

Para Ricœur, la experiencia viva está ligada a una vida en la que se actúa y se sufre, son precisamente la actuación y el dolor humanos como características de la existencia, aquellos elementos que hacen de la vida del hombre una vida distinta. Es por esto que la vida es pasión, en ella el hombre se sumerge en una acción significada. De acuerdo con Ricœur (2006, p. 17), la vida, más que movimiento físico y comportamiento psicofisiológico, es acción y pasión. Es precisamente esta definición de la existencia, la que hace emerger lo que el autor llama el *primer anclaje* de la experiencia, con el relato narrativo, porque solo a través de las expresiones y conceptos se estructura una *semántica de la acción, una red conceptual de la acción* que define el relato que el ser humano hace de su vida para construir una poética de su existencia.

Como *segundo anclaje* entre el relato y la vida, Ricœur (2006, p. 17) establece que el relato está mediado simbólicamente, es decir, que en él se construyen signos, símbolos, normas, de carácter cultural que permiten la descripción de la acción. Con la mediación del símbolo es edificado el sentido de la acción y el significado de la experiencia, de tal forma que dicho sentido y significado es relatado. Este relato refleja las interpretaciones que el sujeto hace de su vida y se dispone para ser nuevamente interpretado. Ricœur (2006, p.17) define que en esta fase el sujeto hace una transposición de la dimensión poética de su existencia, expresada en el primer anclaje, hacia una definición de su hacer, porque a través de la mediación de los símbolos en el relato interpretativo, el ser humano sabe qué puede hacer.

El *tercer anclaje* encuentra su fundamento, no en las redes conceptuales de la comprensión de sí, que se construyen a través de la experiencia significada —primer anclaje— o en la mediación simbólica que hace legible la acción —segundo anclaje—, sino en la temporalidad de la acción. En otras palabras, para Ricœur, la vida tiene una cualidad narrativa que permite acceder al drama temporal de la existencia, una vida humana contada por el sujeto mismo.

Aquí se vislumbra el alcance excepcional de la narrativa, porque una vida narrada muestra el sentido por el ¿quién? desde la mediación del ser humano con el mundo, con los otros y con sí mismo. Solo con la narrativa, entendida como género discursivo, se configura el quiénes somos, porque la narrativa también es texto que expresa una intertextualidad con otros contextos de la existencia propia de cada ser humano.

Desde la perspectiva filosófica y antropológica (Larrosa, 2003a, pp. 608 - 610) se expresa la importancia de la narrativa, entendiendo que ella articula unos dispositivos que acercan a la pregunta por el sujeto. En este sentido, Larrosa propone tres giros que fundamentan la narrativa como posibilidad de encontrar la respuesta al quién soy. El primero es el *giro hermenéutico*, ligado a la idea de que todo ser humano puede ser interpretado desde el lenguaje; así, el sujeto se entiende como estructura interpretativa. Este ser humano se autointerpreta y desarrolla el contenido de la trama narrativa de su existencia, la hermenéutica del sí mismo. Segundo, el *giro semiológico*, que asume el fenómeno de la intertextualidad de la trama narrativa, entendida como texto para interpretar desde la relación con otros textos. Este giro asume que el lenguaje construye la realidad, porque ella está inmersa en las categorías del lenguaje y los sistemas semióticos que posibilitan la interpretación y la autointerpretación que llevan a la conciencia de sí. El último, el *giro pragmático*, asume las prácticas discursivas que determinan las formas como el sujeto habita el mundo. A la manera de Foucault (1999), es la comprensión de las prácticas sociales elaboradas a partir de los procesos de subjetivación y objetivación que constituyen

la interpretación y autointerpretación del sujeto y la consecuente construcción de la identidad y su autoidentidad, elaboradas a partir de los discursos del saber y el poder. Larrosa lo plantea en los siguientes términos:

En resumen: quién somos como sujetos autoconscientes, capaces de dar un sentido a nuestras vidas y a lo que nos pasa, no está más allá, entonces, de un juego de interpretaciones: lo que somos no es otra cosa que el modo como nos comprendemos, el modo como nos comprendemos es análogo al modo como construimos textos sobre nosotros mismos; y cómo son esos textos depende de su relación con otros textos y de los dispositivos sociales en lo que se realiza la producción y la interpretación de los textos de identidad (2003a, p.610).

La vida que se relata en el tiempo o el tiempo que se relata en la vida

Tanto los planteamientos de Ricœur, como los expresados por Larrosa, establecen una relación fundamental entre vida y relato. Particularmente, Ricœur (2006, p. 10) se preocupa por establecer esa relación entre vivir y narrar a partir de la comprensión del acto narrativo y para ello retoma, desde la poética aristotélica, el concepto de *mythos*, entendido como construcción de la trama. Es una síntesis de los diferentes acontecimientos y se convierten en historia narrada para hacer inteligibles los sucesos, los acontecimientos, los sujetos, las interacciones, propósitos, motivaciones, organizados algunas veces, otras no, concordantes o discordantes, que tienen como alcance seguir una historia de principio a fin. La construcción de la trama prefigura una temporalidad histórica porque en ella se narra aquello que ha pasado, pero también involucra los elementos de lo que no se olvida, lo que se sostiene en el tiempo y perdura.

En Ricœur, la construcción de la trama es una síntesis de lo heterogéneo que refleja tres elementos: el primero es la mediación entre los diferentes acontecimientos y la historia contada en la trama, el segundo, es el aspecto concordante de la historia, porque en ella coinciden acontecimientos y sucesos heterogéneos y discordantes

y el tercero, es la configuración a través de ella de una sucesión de eventos. En efecto, el *mythos* es la disposición de los hechos. En Aristóteles, la trama es la característica más importante de la tragedia, porque es la *mimesis* de la vida:

De estos elementos, (de la tragedia) el más importante es la organización de los hechos, porque la tragedia no es imitación de los seres humanos, sino de las acciones y de la vida; y la felicidad y la infelicidad están en la acción, y el fin es una acción, no una cualidad. Los seres humanos, en efecto, poseen esta o aquella cualidad por su carácter, pero son felices o lo contrario por sus acciones. Así pues, no se actúa para imitar caracteres, sino que los caracteres son puestos de manifiesto mediante las acciones. De este modo, los hechos y la trama son el fin de tragedia, y el fin es lo más importante de todo (Aristóteles, 2006, Cap. 6 1450, 15, 20, p. 7

Según Ricœur (2006, p. 10), la definición aristotélica de *mythos* comprende un proceso dinámico que integra en el sujeto del acontecimiento la historia narrada. Este planteamiento confirma como características de la narrativa, su singularidad, el carácter histórico y completo de la misma, porque ella da cuenta de los diferentes acontecimientos heterogéneos que le ocurren al sujeto de principio a fin. De igual manera, Ricœur retoma de la poética aristotélica el concepto de *mimesis* para establecer que en la trama narrativa se configura una imitación creadora de la experiencia temporal, porque la trama, como *mythos*, es la *mimesis* de la vida. En estos aspectos se vislumbra la capacidad de síntesis de la narrativa, en tanto condensa los acontecimientos que tienen sentido para el sujeto, el carácter heterogéneo de los elementos que intervienen en los mismos acontecimientos y la sucesión de eventos en una temporalidad particular. Así, el autor establece el carácter comprensivo de la actividad creadora de las tramas; una composición narrativa tiene un principio, un medio y un fin, es entendida como una sucesión de acontecimientos en conexión lógica y además define los límites de los acontecimientos que relata.

Cada uno de estos elementos de la trama narrativa son nombrados por Ricœur (2004a, pp.

92-93), como *totalidad, plenitud y extensión*. En este punto, la construcción de la trama es un modelo de concordancia que expresa que el vínculo de los acontecimientos enunciados en ella no es de carácter cronológico, más bien, es ahí donde reposa el sentido de la inteligibilidad de la acción, su carácter comprensivo: *verstehen narrativo* (Ricœur, 2004a, p. 96).

En la estructura conceptual de Ricœur, el tiempo y la narración se definen como distancia mediadora entre la experiencia, la vida y el discurso, de la cual se deduce que los tiempos son tres: presente de las cosas pasadas, presente de las cosas presentes y presente de las futuras: “[...] las tres existen en cierto modo en el espíritu y fuera de él no creo que existan”. Y para comprender mejor este planteamiento, más adelante agrega: el presente de las experiencias pasadas es la “*memoria*”; el de las presentes, la “*visión*” y el de las futuras, la “*expectación*”, siendo éste el núcleo fenomenológico para todo el análisis Agustiniano (San Agustín en Ricœur, 2004a, p. 50).

Para Ricœur, “El mundo desplegado por toda obra narrativa es siempre un mundo temporal o el tiempo se hace tiempo humano en cuanto se articula de modo narrativo y la narración es significativa en la medida que describe los rasgos de la experiencia temporal” (2004a, p. 39). Es así como la narrativa que se manifiesta plenamente a través del tiempo y la temporalidad, a la vez adquiere plenitud a través de la trama, como las dos mitades de un mismo círculo que interactúan constantemente, se refuerzan la una a la otra.

Para Ricœur (2004a, p. 56), cuando San Agustín se refiere al tiempo como la medida del movimiento, no está hablando del movimiento regular de los cuerpos celestes, sino de la medida del movimiento del espíritu humano, dejando bien claro que el movimiento puede pararse, pero el tiempo no. Es ahí cuando llega a la conclusión de que el tiempo no es más que una distensión o dilatación del espíritu.

Podría decirse que el tiempo sólo responde a la actividad narrativa que algunos llaman la construcción de la trama, porque es en el lenguaje

donde se encuentran expresiones tales como: la trama de la vida, el tiempo pasa, las huellas que deja la vida, y se habla simplemente de algo que pasó o algo que pasa o que pasará, esto último perteneciente a un futuro que, aunque incierto, siempre está causando expectación en los actantes de esta trama que es la vida, irguiéndose el uso del lenguaje como una guía relativamente segura contra las aporías del no ser. Bien lo dice Ricœur: “[...] es el lenguaje, así como la experiencia y la acción que éste articula, los que resisten el asalto de los escépticos” (2004a, p.48).

La experiencia dentro del tiempo se logra a medida que éste se integra a la narración, o sea, de modo que las historias de las personas van tomando cuerpo y se van concretando a través del lenguaje hablado, finalmente aprehendido por medio del lenguaje escrito en la argumentación o narración, que evidentemente consta de una trama hilada a través de los tiempos pasados, presentes y futuros. Narración implica memoria, previsión, espera y dentro de la memoria se encuentran los recuerdos, los cuales son la resultante de una imaginación del pasado, esa huella imborrable que dejan los acontecimientos, en mayor medida cuando son trágicos, y que por ello permanecen tan marcados en el espíritu.

No menos importante es la previsión de las cosas futuras, las cuales se nos hacen presentes como venideras, gracias a la espera del mismo presente, y ha de tenerse en cuenta que esta espera del futuro es análoga a la memoria del pasado.

Con respecto a esto último y aún más, haciendo la relación entre memoria, identidad y narración, Ricœur afirma que la memoria se incorpora a la constitución de la identidad a través de la función narrativa. Luego agrega que en la configuración de una trama “[...] también aprendemos a leer el tiempo al revés, recapitulando en sus consecuencias terminales las condiciones iniciales del desarrollo de la acción. De este modo, la trama no sitúa la acción humana solo en el tiempo, sino en la memoria” (Ricœur, 1999, p. 205) y todo esto es debido a que recordamos y quizás aquí comprendamos su misma definición de pasar: ir del futuro, por el presente, hacia el pasado.

En la consideración de la experiencia y su articulación con la narrativa para comprender la vida y el quiénes somos, la temporalidad es entonces una categoría que emerge sustancialmente como elemento vinculante en la composición de los hechos de la vida. La temporalidad está adherida a la vida humana porque ésta se vive en un tiempo y el tiempo se vive en la vida. Para Larrosa (2003a, pp. 610-613), el tiempo en el que se vive la vida humana no es un tiempo lineal y continuo, es una temporalidad histórica porque está más allá del individuo, en ella éste reconoce un tiempo que le antecede, porque la vida humana es principio y un tiempo que le sucederá, porque la vida humana tiene fin.

Así entendida, la vida humana exige una configuración de la conciencia del yo en el tiempo y esta conciencia se estructura a su vez en el tiempo de la vida. Además, son estos actos de conciencia los que suponen la comprensión de la no linealidad del tiempo de la vida, porque es la vida que se vive y acontece. Es precisamente en el acontecimiento y en la experiencia donde el sujeto construye la referencialidad a sí mismo, es la conciencia de sí. Así, se configura la conciencia temporal, quién soy y cómo me comprendo a mí mismo.

Estos planteamientos redefinen la condición de presente, porque éste se torna en momento abrigado por la significación del matiz de la temporalidad. En esa tonalidad, el pasado y el futuro se visten de color para pincelar el quién se fue y el quién se quiere ser. El presente es acontecimiento y experiencia significada, porque está contenido de las coloraciones del antes y del después:

[...] la conciencia de sí en el presente es siempre conciencia de quién somos en este preciso momento de nuestras vidas. Y contiene, por tanto, alguna forma de conciencia de quién hemos sido y alguna forma de anticipación de quién seremos... (Larrosa, 2003a, p. 611)

Larrosa (2003a, p. 611-613) establece un vínculo indisoluble entre el tiempo y la conciencia, para hacer emerger un sujeto que desde la conciencia

de sí mismo y de su vida quiebre el paradigma de la continuidad del tiempo a través de sus actos de conciencia, pasando por la comprensión de sí mismo.

De aquello que nos pasa o del sentido del acontecerse en el propio cuerpo

La comprensión de sí mismo que se realiza en el acto de narrarse permitirá al sujeto acercarse a una hermenéutica del sí, porque ese acto narrativo da cuenta de las formas como este sujeto se relaciona con sí mismo, con los otros y con el mundo. Desde la perspectiva hermenéutica (Ricoeur, 2006, p. 15), la referencialidad, la comunicabilidad y la comprensión de sí, así como desde los tres giros propuestos por Larrosa (2003a, pp. 608-609), el hermenéutico, el semiológico y el pragmático, la narrativa brinda la posibilidad de comprender cómo el ser humano llega a ser lo que es. Y aunque indiscutiblemente aparece una idea de formación, es importante precisar que el comprender aquello que se es, tiene como referencia la experiencia narrada del sujeto, que como acontecimiento, sucede en el cuerpo. Así, el cuerpo se configura como territorio existencial cubierto de subjetividad, de emociones, sensaciones y percepciones configurantes de las experiencias significativas de la vida humana. El sujeto es espacio y territorio donde acontece lo inesperado.

La experiencia vital queda mejor enmarcada dentro de la concepción del cuerpo sujeto; éste es el “cuerpo vivencial”, el “cuerpo propio”, con lo que se da a plenitud la manifestación del ser sujeto dentro de un espacio y un tiempo, pero que a bien, recuerda, conoce y se reconoce como ser sensible contenido de sensaciones, emociones y sentimientos, que lo conectan con el ser de los otros y con el mundo.

El cuerpo es un lugar de aprendizaje simbólico, un lugar de la experiencia, que permite la configuración de la subjetividad, es un cuerpo propio, vivido para sí mismo, para re-configurarse, reivindicando un modo de relacionarse con la realidad a partir de sí, un cuerpo en bien-estar que permite al sujeto decidir por sí mismo qué es lo que desea. La experiencia del sujeto reclama

que se le dé importancia al cuerpo dentro de la misma existencia y el sujeto ha de ser entendido, comprendido y pensado a partir de la experiencia aprendida en el cuerpo que habita.

Sin el cuerpo es imposible vivir la experiencia y la vida, pues, como dicen Bárcena y otros (2003), es éste el que nos permite instalarnos e interactuar con nuestros semejantes y los demás seres que habitan nuestro mundo, sea desde el punto de vista cultural o en la historia misma, que va uniendo eslabones a lo largo del trayecto biográfico de los seres humanos. El cuerpo se expresa simbólicamente y le da un sentido y un significado a la existencia.

Siguiendo a Bárcena y otros (2003), el cuerpo es un lugar de intersección y cruce de significaciones sociales, culturales y científicas, capaz de una serie de intercambios simbólicos en el entendimiento y comprensión de los diversos códigos inscritos en los cuerpos.

El cuerpo, como biología, es pura materialidad y existe por sí mismo. Pero el cuerpo, en tanto que humano, es una construcción simbólica cargada de un sentido posible pendiente siempre de una nueva elaboración. Por eso el cuerpo permite hacer experiencia, nos transforma en seres humanos auténticamente creadores (Bárcena, 2003, p. 60)

La referencia a la dimensión simbólica del cuerpo parte de comprender la dimensión simbólica de la vida humana, es decir, se existe bajo una temporalidad y en una espacialidad, que le permite al ser humano establecer una relación con el mundo, construir unos vínculos sociales cargados de motivaciones, propósitos, valoraciones, significados, sentidos y configurar su identidad. Así, el cuerpo es el lugar en el que surge la condición humana y se hace cómplice de ella, porque en sí mismo el cuerpo es sujeto. El cuerpo se hace transparente y le da un rostro a la existencia del individuo.

De esta manera se asume una dependencia íntima entre la persona y el cuerpo, la condición humana es fundamentalmente corporal y mediante la experiencia corporal se percibe, escucha y ve

el mundo. Habitar el cuerpo es hacerlo cuerpo propio y reconocer la encarnación de la existencia humana. Cuando el ser humano acepta su propio cuerpo, hace que sus gestos y su lenguaje expresen su situación biográfica, la temporalidad y las relaciones intersubjetivas vividas. Entonces el cuerpo habla y al hablar expresa las imágenes y los modos de existencia humana:

El lenguaje emana, pues, de las relaciones sociales y opera sobre ellas permanentemente acompañado de unos gestos y expresiones verbales que adquieren sentido en la experiencia de ese fluir coordinado de acciones. El lenguaje del cuerpo nunca deja de acompañar a la palabra, bien sea para anunciarla, contradecirla o matizarla (Bárcena y Mèlich, 2000, p. 12)

Entender el cuerpo como lugar de la experiencia vivida y la narración como la expresión de esta experiencia, permite comprender los trazos de la existencia, ya que la narración aparece únicamente en el momento en que se transmite la experiencia. Benjamín (citado por Bárcena y Mèlich, 2000) afirma, que si la experiencia no se transmite, la narración no es posible:

Solo es posible la auténtica transmisión en la interpretación de lo transmitido. Así, experiencia, transmisión e interpretación resultan tres aspectos esenciales de la narración. El que escucha vive otra vez la experiencia. Y en este sentido, podríamos decir que el oyente (el lector) es capaz de recordar lo que no ha vivido, la experiencia que no ha experimentado, pero que le ha sido transmitida en el relato (Bárcena y Mèlich, 2000, p. 67).

En el cuerpo puede encontrarse una referencia indiscutible al sí mismo. Para la Educación corporal, el cuerpo facilita la indagación y la búsqueda del ¿Quién Soy? El cuerpo se convierte de esta manera, no solo en el lugar del acontecimiento, sino también en el lugar de la narración, de cómo las personas llegan a ser lo que son. La narración que se hace desde el cuerpo y con el cuerpo permite dar cuenta de los procesos de formación y autocreación de la subjetividad.

La configuración de la identidad narrativa y las dimensiones de la Educación Corporal

Solo a través de la interpretación de los procesos de estructuración de la subjetividad se confirma la dimensión estética de la Educación Corporal, porque es la comprensión de cómo el sujeto configura su existencia, su mundo de la vida y las formas de habitarlo, o dicho de otra manera, las particulares reflexiones que hace de las acciones que en él realiza. Para la Educación Corporal, la estructura narrativa es un elemento mediador entre el personaje y la acción, en tanto responde al quién, el qué, el por qué y el cómo de la acción (Ricœur, 2003). En ese acto de narrarse la persona da cuenta de lo que le sucede en su cuerpo, se refiere a sí misma y a su existencia, las formas de percibir, conocer, comprender el mundo y define cómo se ha construido en su condición de sujeto experiencial. Desde esta perspectiva, la Educación Corporal construye conocimiento a partir del ámbito sensorial de la experiencia como condición de la vida humana.

La dimensión estética que aporta la narrativa a la Educación Corporal permite acercarse a cómo las personas definen su identidad, en lo que Ricœur (2003, p. 147) llama *identidad narrativa*, que el sujeto reconstruye y transforma para re-crearse nuevamente y estar dispuesto a reinterpretarse. Por eso la narrativa es una estetización de la experiencia subjetiva. En este sentido, se destaca la idea de formación o *bildung*, anclada en la experiencia del cuerpo y narrada en la dimensión temporal de la existencia humana, porque la Educación Corporal, apoyada en la identidad narrativa, es un acercamiento a las formas de configuración de la subjetividad, a las hermenéuticas del sí.

Con la identidad narrativa, la Educación Corporal se acerca a las referencias simbólicas, intersubjetivas y de comprensión de sí como fundamentos de los criterios y referencias que las personas estructuran para darle forma a su mundo de la vida. La identidad narrativa, para la Educación Corporal, es una aproximación al

conocimiento en relación con los procesos de subjetivación y creación de la identidad, que se convierten en formas discursivas de la *formación*, del *bildung*:

Desde esta óptica, la Educación Corporal retoma el sentido de la experiencia como la relación del sujeto consigo mismo y como una condición que facilita al ser humano "el llegar a ser lo que se es" (Nietzsche, en Larrosa, 2006, p. 128), desde la perspectiva nietzscheana... la idea de formación o *bildung* centra su interés en la experiencia del cuerpo a partir de una dimensión estética o arte de la existencia, que da cuenta de la forma como el sujeto percibe el mundo, y a partir de una dimensión poética, que refiere específicamente a la auto-creación del sujeto. (Castañeda y Gómez, 20011. p. 163)

La idea de formación o *bildung*, que se entiende a su vez como la dimensión estética de la existencia, en la cual la persona configura su arte de vivir, sus formas particulares de expresión, las sensaciones, las emociones, los acontecimientos, las experiencias, los afectos y las afecciones, es un reconocimiento al cómo cada persona, parafraseando a Proust (2005, p. 9), va recomponiendo las formas originales de su yo.

Cercana a la dimensión estética, donde se reconoce cómo el ser humano llega a ser lo que es, resurge un yo que ha sido disuelto en la modernidad y en el tumulto de las masas anónimas que la ocupan. Con la dimensión estética el ser humano define los valores, los sentidos, los significados y las motivaciones de su existencia, y contrario a la obra de Musil (2004), el ser humano adquiere atributos como sujeto, desde sus propias interpretaciones sobre el quién es en los acontecimientos de su vida, los conceptos que él ha configurado de sí mismo y sus relaciones en el mundo de la vida. Por ello, la dimensión poética es también ética, porque en ella el ser humano no solo se reconoce a sí mismo, sino también en los otros. Entonces surge la dimensión poética de la Educación Corporal, porque con la identidad narrativa el ser humano se nombra, se posee y se domina a sí mismo en el vínculo con sus interpretaciones. Con la dimensión poética, la Educación Corporal

visualiza un sujeto cuyo cuerpo da acogida se reconoce en su finitud, en la incertidumbre y en la contradicción que le genera su condición temporal e histórica. La dimensión poética es un acto de enunciación y anunciación que se hace con el cuerpo, porque solo a través de él, la persona configura y confirma su existencia desde el relato que hace de la vida misma. En la dimensión poética, el cuerpo habla y se expresa para identificar que no se es un sujeto disperso, sino alguien que ha interiorizado aquello por lo que ha vivido. En ella, el ser humano se nombra en la alteridad y construye en el acto de narrarse unos conceptos que le permiten develar, a la manera de Foucault (1999), las formas de dominación y los discursos que lo han definido en su condición de sujeto. Es por ello que la dimensión estética y poética de la existencia están surcadas por la condición de un sujeto que se transforma a sí mismo. Con la construcción de la trama narrativa se tejen el arte de vivir y la estética de la existencia, una ruptura, un quiebre de las ideas determinadas de sí mismo, con las cuales se ha configurado un tipo de sujeto.

En otras palabras, cuando se establece una identidad narrativa, erigida desde la interpretación de los acontecimientos, las figuras del qué, el quién, el cómo y el por qué develan el sentido y la pregunta por ¿Quién Soy? Y es particularmente esta pregunta la que devela la dimensión ontológica y crítica de la Educación Corporal, porque en el interrogante del quién se es, se vislumbra un ser humano que, desde su experiencia, se interroga a sí mismo y a ese orden establecido de sí. Larrosa (2003a, p. 615) advierte que esta interrogación del ser se constituye como un viaje interior y una experiencia de uno mismo, y en su condición de viaje interior, la experiencia de sí mismo puede ser una experiencia de mutación, donde el ser humano se reconstruye y reinterpreta para transformarse.

En este sentido, la vida como relato construido en una trama que se teje desde el sentido del acontecimiento, da cuenta de una identidad particular y diferente, es una autodescripción que se convierte en historia y en discurso que refleja las hermenéuticas de sí. El discurso y la acción son elementos reveladores de la identidad personal o narrativa, porque con ellos el ser humano da cuenta de sí mismo.

Cada una de estas dimensiones ética, poética y ontológica, conlleva la comprensión de una Educación Corporal que expresa las específicas formas en que el sujeto se construye a sí mismo como sujeto de saber y sujeto de voluntad. Con esta visión la relación yo cuerpo adquiere el carácter del acontecimiento y la experiencia y el cuerpo se convierte en escenario de sentido y significado donde se expresa el sujeto:

[...] la Educación Corporal se convierte en propiciadora de una hermenéutica crítica, que comprende las fuerzas que constituyen las dimensiones subjetivas de la formación del sujeto y que propone un acercamiento que devela formas particulares, en las que el cuerpo ha sido construido para ayudar a visibilizar al sujeto que siente, vive, percibe y actúa en condiciones de libertad."(Castañeda y Gómez, 2011. p. 165)

Así, la Educación Corporal irrumpe en la deconstrucción de los discursos que se han cimentado con referencia al sujeto y al cuerpo, entendidos como objetos, y aporta a la construcción de otras formas discursivas, develadas en las historias particulares de la construcción de la subjetividad, en las tramas narrativas de sí. En el acto de escucharse y narrarse está el encuentro con la verdad de lo que se es, para interrogarse, desprenderse y reconstruir su existencia.

Entonces, la Educación Corporal manifiesta su carácter de educación porque muestra la idea de formación o *bildung*, de la configuración de la identidad personal y la idea de desidentificación, en tanto que dibuja una identidad en movimiento que surge en la dialéctica de la reinterpretación, la re-creación y la transformación.

Referencias

1. Aristóteles. (2006). *Poética*. Madrid y México: Biblioteca Nueva y Colofón.
2. Bárcena, F. & Mèlich, J.C. (2000). *El aprendizaje simbólico del cuerpo*. Barcelona *Revista Complutense de Educación*, 11, 59-81.
3. Bárcena, F; Larrosa, J. & Asensio, J. (2003). El lenguaje del cuerpo. Políticas y poéticas del cuerpo en educación. En *Otros lenguajes en educación*. Barcelona, ICE de la Universidad de Barcelona.
4. Bárcena, F. (2005). *La experiencia reflexiva en educación*. Barcelona: Ediciones Paidós.
5. Castañeda, G. & Gómez, S. (2011). Foucault y el cuidado de sí: Un acto de re-interpretación y re-novación de sí mismo. En Gallo, L.E. (Editora) *Aproximaciones pedagógicas al estudio de la Educación Corporal*. Medellín: Funámbulos Editores, Universidad de Antioquia.
6. Foucault, M. (1999). *Estética, ética y hermenéutica: Obras esenciales*. Volumen III. (Trad. Ángel Gabilondo). Barcelona: Paidós.
7. Foucault, M. (2002). *La hermenéutica del sujeto*. México: Fondo de Cultura Económica.
8. Larrosa, J. (2003a). *La experiencia de la lectura, estudios sobre literatura y formación*. México: Fondo de Cultura Económica.
9. Larrosa, J. (2003b). *Entre las lenguas. Lenguaje y educación después de Babel*. Barcelona: Laertes Ediciones.
10. Musil, R. (2004). *El hombre sin atributos*. Barcelona: Seix Barral-Biblioteca Formentor.
11. Proust, M. (2005). *A la busca del tiempo perdido I. Por la Parte de Swann*. (Trad. Mauro Armiño). Madrid: Valdemar.
12. Ricœur, P. (1999). *Historia y narratividad*. Barcelona: Paidós.
13. Ricœur, P. (2003). *Sí mismo como Otro*. España: Siglo XXI Editores.
14. Ricœur, P. (2004). *Tiempo y narración II*. México: Siglo XXI Editores.
15. Ricœur, P. (2004a). *Tiempo y narración I*. México: Siglo XXI Editores.
16. Ricœur, P. (2006). *Del texto a la acción. Ensayos de hermenéutica II*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
17. Ricœur, P. (2006). *La vida, un relato en busca de un narrador*. *Revista Ágora*, 25, (2), 9 - 22.